Martha Méndez

27 Septiembre 2018

SPAN 301 Comp/Oral Practice

**La siesta con los ojos abiertos**

(Reflexión de la niña)

El reloj marcó la tarde esta lluviosa y sofocante tarde cuando Rebeca intentaba tomar la siesta. Ya había intentado dormirse noches anteriores concentrándose en el ritmo de la interminable lluvia cuando la cortina de gotas resbalaba contra la ventana pero el rechinido de las llantas de los cuantos carros que pasaban por su casa interrumpía su ritmo. Ahora quería aprovechar descansar durante la siesta pero ya sus ojos también escuchaban el tic-tac del reloj que marcaba las dos de la tarde. Mejor se levantó y se sirvió una taza de café y empezó a comerse una de las galletas dulces que desde niña le encantaban. Al morder la deliciosa galleta, Rebeca recordó aquel tren que la llevó en su primer viaje. Fue entonces que realizó que no era la lluvia o el rechinido de llantas que la mantenía con los ojos de moribunda sino el recuerdo del triste día cuando ella y su querida madre le pidieron las llaves del panteón al cura para visitar la tumba de su hermano Carlos.

 Nunca comprendió como murió Carlos porque su madre continuó siendo dura y fría enfrentando la tristeza como si fuera un secreto. Su madre falleció con ese silencio que solo la muerte acompaña como un cómplice. Solamente le quedó esa experiencia, que hasta ahora, la dejó confundida sintiéndose humillada y culpable. Creció sin saber porque el párroco las dirigía hacia la puerta de atrás; como que ellas habían cometido un gran delito. Un delito que tuvieron que enfrentar cuando salieron por la puerta de enfrente para afrontar a los acusadores y viciosos rumores que sus oídos de doce años no comprendían. Lo que si comprendieron es que habían matado a su hermano y eso le afecto tremendamente. Por causa de esta experiencia, Rebeca nunca se casó y nunca tomó su segundo viaje por tren. Lo único que le quedó fueron las crujientes galletas dulces que la amparan cuando no puede tomar la siesta.